

Ojos de gato

Daniela



Capítulo 1

—*Ojos de gato, plumas de pájaro, dientes de perro. Ojos de gato, plumas de pájaro, dientes de perro...* —Cantaba la niña Luna mientras saltaba la soga en el jardín de su abuela, pasaba de juego en juego mientras veía a su mamá, sus dos hermanas y su abuela tomar mates en la otra punta del parque. Luna a pesar de tener trece años y ser la menor de las hijas de Susana era la más intuitiva y perspicaz de las tres, no necesitaba prestar mucha atención a lo que hacían los demás para conocer lo que estaba pasando, sus hermanas mayores habían descubierto hacía tiempo que era en vano encerrarse en el cuarto a contarse sus secretos porque con solo mirarlas la más chica sabía que algo le escondían. Ni salidas con algún amigo misterioso ni faltas a la escuela, no había nada que escapara a las narices de la pequeña Luna. Tenía el pelo largo y negro como la noche y su mamá siempre le contaba que había sido esa la razón por la cual había decidido llamarla así. En el momento en que nació y la partera se la puso en el pecho le pudo ver su cabeza con sus pequeños mechones negros que, aunque eran pocos, eran los más oscuros que había visto jamás. *"Naciste una noche de luna llena y tenías la oscuridad del cielo en tu pelo"* le había dicho su mamá mientras le cepillaba los cabellos largos una tarde después de bañarla.

Alba era la hermana del medio, con su frescura y espontaneidad era de las tres la más extrovertida. A donde fueran era la primera en salir del molde y socializar con todo el mundo, de igual modo estuvieran hablando de física cuántica o de lo infinito que era el universo ella tenía una historia que contar, algo que le había sucedido al amigo de un amigo y que sin más dejaba a todos atento a sus relatos y a su simpatía. Como si fuera la otra cara de la moneda de Luna, Alba era rubia como el oro, tenía diecisiete años y según la historia que solía relatar su mamá había nacido un amanecer después de una noche de terribles dolores y un parto muy complicado. Cuando por fin Susana tuvo en sus brazos a su bebé pudo sentir un manto de luz que iluminaba la fría oscuridad de esa noche sanando todos sus dolores, la abrazó con fuerza y el calor de su cuerpo recién nacido fueron como un cálido rayo de sol que hicieron que se diera cuenta que era así como debía llamarla. Alba.

La mayor de las hermanas había cumplido sus veinte años hacía unos meses y aportaba la cuota de racionalidad que a sus hermanas muchas veces les faltaba. Y esto no era porque fuera la mayor únicamente, sino porque así era su esencia. Era práctica y sensata. Cuando Alba deliraba con sus historias de dudosa veracidad era ella la primera en interrumpir y llevar cordura a la charla, la que no dejaba que Luna se entrometa demasiado en los asuntos de los grandes a pesar de que le costaba horrores mantener a la pequeña detective alejada de los problemas

mayores. La intuición de Luna, la creatividad de Alba y la racionalidad de Rubí se complementaban de una manera única. No era muy difícil de adivinar porqué Susana nombró así a su hija mayor, aunque sería una falacia decir que Rubí solo era colorada, a la luz del sol sus cabellos tomaban tonos entre rojos, naranjas y amarillos como si el mismo Dios antes de nacer le hubiera dibujado con pinceles el atardecer en su cabeza. Su mamá, aunque reconoce que el día que conoció a su hija era una bebé diminuta que podía caber en su mano colorada como un tomate, suele decir que fue porque era su primera hija y su máspreciado tesoro en la vida hasta que nacieron sus hermanas la razón por la cual decidió ponerle el nombre de una piedra preciosa

El tercer domingo de cada mes Susana y sus hijas se levantaban bien temprano antes que el sol saliera y se iban a pasar el día y la noche a la casa de la abuela Elena, quien siempre las estaba esperando con pan casero, galletitas y budines que había cocinado el día anterior para sus nietas. Entre comida, risas, salir a jugar al jardín, a veces dormir la siesta y muchas charlas el día se pasaba volando, tanto así que cuando se querían dar cuenta ya eran casi las cinco de la tarde, la hora en que las hermanas acostumbraban a salir a pasear un rato por el bosque mientras Susana y Elena se quedaban para empezar de a poco a organizar la cena de esa noche.

Flores de todos los colores imaginables por doquier, árboles que relataban historias de cientos de años, pájaros cantando y por sobre todas las cosas mucha paz era lo que se podía encontrar de día en el bosque que comenzaba a un par de cuadras de la casa de Elena, justo al final del pueblo. Las chicas quedaban fascinadas cada vez que iban como si fuera la primera vez, Luna corría por todos lados y se trepaba a todas las ramas que encontrara a su alcance hasta que se escuchara la voz de su hermana Rubí retándola "*Luna, ¡no tan alto!*" interrumpiendo su mundo de fantasías donde la perseguían tigres hambrientos y tenía que escapar subiendo a lo más alto de las copas de los árboles. Alba por el contrario no prestaba la más mínima atención a lo que hacía su hermana menor, cantaba o bailaba juntando flores para llevarle a su abuela cuando regresaran antes de que se haga de noche ya que Susana les tenía prohibido estar en el bosque con Luna después de que bajara el sol. Apenas vislumbraban que el atardecer estaba llegando a su fin las chicas volvían a casa de Elena para no preocupar a su mamá.

Al fuego de una pequeña hoguera en el jardín se calentaba una caldera negra donde Susana y Elena preparaban la cena del domingo. A las nueve y media en punto la comida estaba lista y todas se sentaban alrededor de la mesa a esperar que la abuela, que era quien siempre hacía los honores, trajera la olla al centro. La caldera parecía más pesada de lo que realmente era, y aunque siempre cocinaban solo para ellas cinco Elena juraba que en su infancia había visto comer a más de veinte mujeres de ella, según la historia que solía contar había pertenecido a su mamá, a

ella se la había heredado la suya y así había pasado de generación en generación durante quien sabe cuánto tiempo. Por tradición en algún momento inevitablemente la vida pondría la gran olla en las manos de las chicas y su abuela se encargaba de recordárselos con cierta emoción cada cena de domingo: *"cocinen en ella con amor, y la suerte estará siempre de su lado"*.

La verdad era que a Luna le fascinaban las cenas en la casa de su abuela, le parecían las más sabrosas que había probado en su corta vida y a sus hermanas, a juzgar por como devoraban sus platos, también. Pero no era solo por la comida, el hecho era que las cinco mujeres reunidas alrededor de la mesa redonda juntas eran felices. A veces, y sobre todo en aquellos momentos en que más feliz era, Luna se preguntaba por su papá. Era como la pequeña nube de dolor que tapaba el sol radiante para no dejarla ser feliz completamente. ¿Cómo era? ¿Sabría lo felices que eran ellas sin él? ¿existiría realmente? Tenía un recuerdo patente de una tarde volviendo de la escuela en que Alba le había preguntado a su mamá quién era su papá porque había descubierto que todos sus compañeros tenían un papá y una mamá y, aunque Luna era aún una niña, se le quedó grabada la voz de su madre cuando dijo *"Alba mi amor, vos sos hija del sol, no necesitaste de un hombre para venir a este mundo al igual que tus hermanas"* hasta el día de hoy. La intuición de Luna le dejaba en claro que no era un tema del que le gustara hablar a su madre o incluso a su abuela así que se limitaba a padecer sus incertidumbres en silencio. Tenía la fantasía de que si su hermana era hija del sol tal vez ella también lo fuera, tal vez ella fuera hija de la mismísima luna, o simplemente había sido un escape de su mamá para no decirles quien era su padre o no saber. De cualquier modo no podía evitar darle vueltas en su cabeza al hecho de que no había un solo hombre en su familia, ni un padre, ni un primo, ni un tío lejano en las historias que contaba la abuela de su infancia siquiera.

Después de la cena y una larga sobremesa había un paseo nocturno por el bosque para recibir la medianoche bajo la luz de la luna, era una tradición que venía de años atrás y que cada tanto a las mujeres les gustaba honrar. Pero no todas las mujeres de la familia estaban invitadas al paseo, la más chica de la casa por más suplicas y pataleos nunca podía acompañar a sus hermanas mayores y a su madre. *"No hasta que seas más grande"* le decía Susana cada noche y para Luna eso era peor que decirle nunca, se quedaba con su abuela a regañadientes mientras su mamá y sus hermanas salían para el bosque con largos vestidos blancos llenos de flores bordadas por ellas mismas. Eran las princesas de los cuentos de hadas con las que Luna siempre soñaba. Una noche mientras jugaban a las cartas las dos solas su abuela le dijo que por más que se enoje con su madre y sus hermanas hasta que no cumpliera los quince años no la iban a llevar jamás y desde ese momento Luna tachaba los días en un almanaque como los presos.

La calma de la noche envolvía a las tres mujeres que caminaban descalzas por el bosque mientras una brisa suave pasaba y les acariciaba el pelo y los largos vestidos, en silencio llegaron hasta el claro del bosque donde los árboles se abrían y la luz de la luna las iluminaba de lleno, allí las tres se tomaron de la mano en una ronda y alzaron la cabeza al cielo con los ojos cerrados.

Escondidos detrás de unos enormes troncos dos chicos miraban el ritual de las mujeres, ahora le encontraban sentido a los tres pares de zapatos negro que habían encontrado a la ladera del bosque cuando entraron, la oscuridad de la noche les permitía estar lo suficientemente cerca para ver el espectáculo sin ser descubiertos. O al menos eso creían. Las miradas cómplices y burlescas entre los dos chicos se empezaron a tornar preocupantes cuando las tres mujeres bajaron sus cabezas y abrieron sus ojos a la vez, la luz de la luna reflejaba en sus pálidos rostros los ojos más extraños que habían visto en una persona. Tenían la pupila dilatada como los gatos en la noche. Su asombro se convirtió en miedo cuando los pies descansos empezaron a despejarse del suelo, las tres tomadas de la mano ya no estaban paradas en el pasto verde y húmedo del bosque sino que estaban suspendidas en el aire como un pájaro vuela por los aires. Los chicos sentían escalofríos en todo su cuerpo, de a poco empezaron a caminar hacia atrás para irse sin ser vistos pero en algún lugar de su corazón tenían el presentimiento de que ellas ya sabían de su presencia, como si todo ese gran acto lo hubieran preparado exclusivamente para ellos, sobre todo cuando las tres a la vez giraron su cabeza hacia donde ellos estaban y mostraron sus diente enormes y hambrientos como los de un perro rabioso.

*—Ojos de gato, plumas de pájaro, dientes de perro. Ojos de gato, plumas de pájaro, dientes de perro... —*Cantaba la niña Luna mientras saltaba la soga en el jardín de su abuela.